

para que los restos que subsisten del pasado no se agreguen al inventario de ruinas que sombrea los centros históricos colombianos.

SANTIAGO LONDOÑO
VÉLEZ

Más monumentos

Monumentos nacionales de Colombia.

La huella, la memoria, la historia

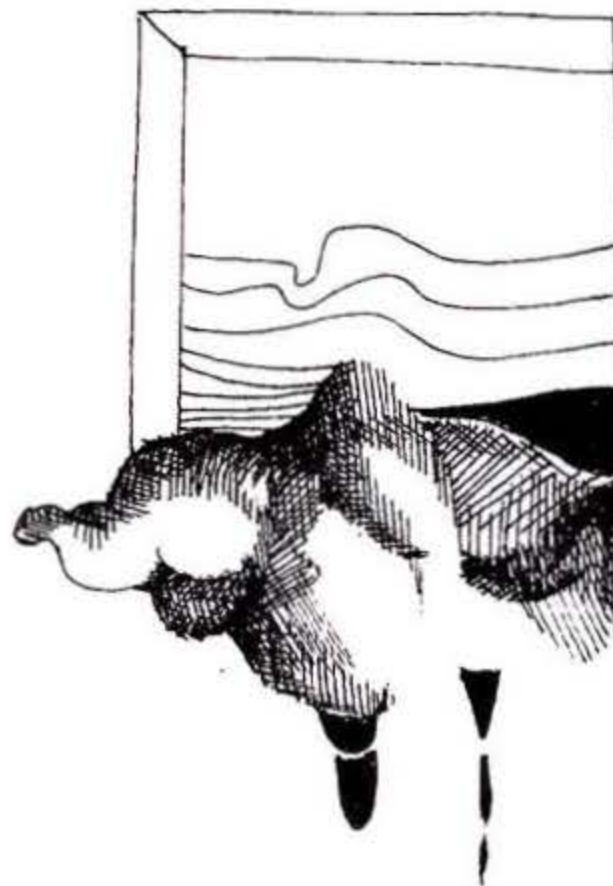
Alberto Saldarriaga Roa (fotografías:
Juan Luis Aristizábal)

El Áncora Editores, Bogotá, 1998.
167 págs.

Según lo informa en la presentación el director del Instituto Nacional de Vías, desde 1994 y hasta 1997 dicho instituto tuvo a su cargo "la delicada y deliciosa responsabilidad de velar y conservar el patrimonio inmueble declarado Monumento Nacional". Delicada, sin duda, pero ¿"deliciosa"? Si se siguiera con atención la historia de los monumentos nacionales, la palabra justa sería *tortuosa*. Seis capítulos componen este libro, en el que parecería que se ofreciera un recuento de los monumentos nacionales de Colombia. Pero lo que se encuentra no es una reseña histórica de ellos ni una puesta en valor de sus principales características culturales y estéticas, sino un ensayo sobre el patrimonio construido, ilustrado con fotos de aquéllos.

En efecto, a poco de adentrarse en la obra, el lector se da cuenta de que por un lado van las fotografías, acompañadas de breves leyendas de pie de ilustración, y por otra las palabras. Las primeras ofrecen ángulos novedosos, detalles pertinentes, panorámicas que contextualizan y muestran respeto y admiración por los espacios y los edificios. El texto, por su parte, es una disertación teórica sobre el patrimonio, en el que se busca establecer un marco conceptual. En el primer capítulo, "El

monumento y el patrimonio en el mundo contemporáneo", se traza la historia legislativa en Colombia y se definen conceptos generales pertinentes, tales como 'patrimonio cultural', 'bienes de interés cultural', 'monumento', 'memoria colectiva', 'cultura', 'identidad cultural' y 'cultura pública'. En el segundo capítulo se propone a la naturaleza como monumento que debe ser conservado y como paisaje cultural, propuesta que se concreta en el caso colombiano con los parques nacionales, el primero de los cuales se estableció en 1960 (cueva de Los Guácharos [Huila]).



La tercera parte es una divagación sobre la huella, la memoria y la historia. La huella, de acuerdo con el autor, "es el signo de lo que existió" (pág. 53); la memoria es el archivo (pág. 54); la memoria cultural es "un intenso repertorio de imágenes, costumbres, valores, objetos y espacios" (pág. 54); la memoria urbana está integrada no sólo por asuntos materiales, sino también, y en sentido amplio, por el espíritu de la época. La historia "es el pasado transformado en relato y discurso" (pág. 53) y, al igual que Dios, "está en todas partes" (pág. 62).

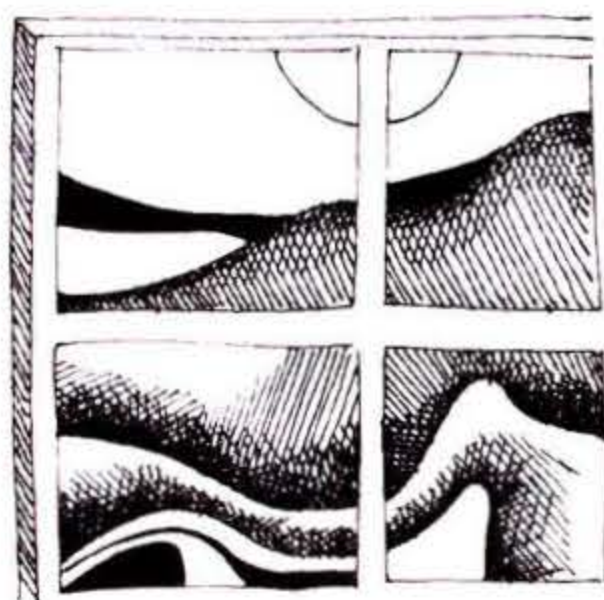
La obra construida como monumento se plantea en el capítulo IV, a partir de los postulados de Vitruvio (siglo I) y John Ruskin (1819). El capítulo V trata del patrimonio urbano. Allí se retoma la

definición de centro histórico, una de las más estudiadas por los especialistas; se intenta analizar la relación entre ingeniería y arquitectura; entre monumento y autenticidad y monumento y verdad; y entre lo especial y lo común. La siguiente sección, bajo el título "El patrimonio urbano y el espíritu de un lugar", se plantea el tema del centro histórico, basado en la definición que de él se dio en Quito en 1977: "...todos aquellos asentamientos humanos vivos, fuertemente condicionados por una estructura física proveniente del pasado, reconocibles como representativos de la evolución de un pueblo" (pág. 99). A continuación se trata de temas y generalidades tales como "el pasado, el presente y el futuro", "el encanto de los centros urbanos", "fragilidad y fortaleza". No parece existir mucha ilación o coherencia entre todos estos temas, y la forma en que se desarrollan es más bien como alusiva y tangencial, construida con frases cortas y frías. Acaso haya una suerte de timidez que impide al autor plantear de manera contundente sus propias ideas, y, por momentos, parece más bien refugiado en ciertas autoridades o en lugares comunes que conducen a variadas afirmaciones que resultan a la postre insulsas (por ejemplo: "La fascinación especial de los centros históricos no obedece a reglas fijas, no es susceptible de ser establecida como consecuencia de tal o cual causa precisa" [pág. 102]; "Nada hay más vacío que una casa vieja o palacete cerrado por la ausencia de sus dueños" [pág. 104]).

En el último capítulo, titulado "Una mirada hacia el futuro", se dice, sin que en realidad la afirmación corresponda al contenido del libro: "En las páginas precedentes se ha presentado una mirada somera al conjunto de los monumentos nacionales de Colombia" (pág. 121). Ello sería cierto si se refiriera a las ilustraciones, puesto que el autor se enfrascó únicamente en consideraciones conceptuales, acaso todavía uno de los pasatiempos universitarios más socorridos. Tampoco está esa

mirada hacia el futuro que anuncia el capítulo, sino más bien una nueva divagación sobre temas comunes que apenas quedan esbozados.

No deja de sorprender que la única alusión concreta y directa del texto de Saldarriaga a los monumentos nacionales de Colombia —objeto del libro, según lo enuncia el título—, es la lista anexa de ellos, clasificados por región y municipio, con el respectivo número del decreto o resolución. Es por eso que las bellas fotografías y sus pies de ilustración flotan en una suerte de vacío de rueda suelta; además, de muchos monumentos sólo se presentan detalles y no la imagen del conjunto, tal vez por razones de diseño.



Aunque la obra presta el servicio de aclarar conceptos y presentar definiciones y reflexiones de interés académico, parece más propia para una publicación académica que para un libro de formato grande a todo color. Y, por supuesto, el título que se le asignó es inapropiado. Así pues, todavía no se cuenta con una publicación que ofrezca una selección representativa del patrimonio colombiano con su respectiva reseña histórica, acaso con la excepción parcial de dos trabajos de Luis Duque Gómez. Parcial porque el primero (*Colombia: monumentos históricos y arqueológicos*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1955) fue pionero en su género, pero ya está desactualizado hace mucho tiempo; y el segundo (*Rescate del patrimonio arquitectónico de Colombia*, Bogotá, Fundación para la Conservación y Restauración del Patrimonio Cultural Colombiano,

Banco de la República, 1991) se refiere exclusivamente a las obras de restauración patrocinadas por el banco emisor. Con todo, resulta extraño que ninguno de estos dos estudios, que son importantes para el tema, hayan sido incluidos en la bibliografía.

SANTIAGO LONDOÑO
VÉLEZ

Y más monumentos

Iglesias, conventos y hospitales en Cartagena colonial

Tulio Aristizábal Giraldo, S. J.
Banco de la República, El Áncora Editores, Bogotá, 1998, 154 págs., il.

Ilustrado con muy buenas fotografías de Juan Diego Duque y diseñado sobria y elegantemente por Camila Cesarino Costa, el libro del padre Aristizábal busca estudiar y reevaluar el legado arquitectónico de la fe cristiana en Cartagena de Indias. Para ello, el autor presenta reseñas históricas de cuatro iglesias, diez conventos y seis hospitales construidos en la ciudad durante la Colonia.



Los templos fueron las primeras manifestaciones religiosas en la arquitectura y el centro del proceso de

evangelización en el Nuevo Mundo. Generalmente las primeras fueron humildes construcciones de "paja y caña" (pág. 17). Cartagena contó con la primera en 1537, antecesora de la actual catedral; tuvo una vida efímera, porque como fue común, el fuego dio cuenta de ella. Reediciones sucesivas, esforzadas, costosas y prolongadas en el tiempo, tuvieron lugar hasta que finalmente, en 1612, el templo quedó concluido. El campanario que hoy ostenta proviene de mediados del siglo XVII. Una centuria más tarde, la iglesia fue víctima de una severa decadencia. Según el autor, "la humedad deterioró sus muros y columnas. Los altares, de bellísimas tallas, fueron presa del comején, que acabó con casi todo [...]". El primer arzobispo de la ciudad se dio a la tarea de reconstruirla, y para ello contó con el concurso del arquitecto francés Gaston Lelarge, en fecha que no informa el autor, que le dio al edificio el aspecto que hoy se le conoce, una mezcla, para unos armoniosa, caótica para otros, de estilos e influencias culturales. Una de las pérdidas más notorias, sin que se sepa quién fue el responsable, constituyó la de los "santos de piedra", elaborados en el siglo XVII; no menos penurias ha pasado su interior, que fue tergiversado por el tiempo, la incuria y los gustos del jerarca de turno. Lástima que Aristizábal, a pesar de que reseña las injurias, no detalla el contenido del edificio, pese a que lo denomina "relicario de abundantes tesoros históricos" (pág. 29).

Los otros templos incluidos en el libro son el de la Trinidad, concluido entre 1640 y 1644 en el barrio de Getsemaní, que alberga una pintura de gran formato atribuida a Pedro Tiburcio Ortiz, alusiva al purgatorio. En el mismo barrio se encuentra la iglesia de San Roque (protector de los apestados), edificada a raíz de la epidemia de fiebre amarilla que asoló a Cartagena en 1651; la iglesia llegó a ser convertida incluso en taller de reparaciones eléctricas, hasta que pudo ser restaurada. El templo de San Toribio conmemora el paso efímero por la ciudad del ilustre prela-